

# LA COMEDIA PARA UN MUNDO INFORME

EC-1/7/62 P4  
por DIEGO MIRAN

El nombre más repetido en carteleras y artículos del teatro contemporáneo es el de Friedrich Dürrenmatt, dramaturgo suizo de lengua alemana que seguramente ha ido desplazando en la preferencia del público actual la admiración que éste profesó durante los últimos años a los autores franceses "de vanguardia" (Ionesco, Adamov, Beckett, Arrabal, etc.). Autor de piezas de un sutil humor, encaminado a la crítica honda y sutil de la sociedad y el modo de vida modernos, dueño de un oficio libre que sin someterse a recetas cumplió siempre con transmitir una certeza vital, este hombre gordo y sano, sonriente y generoso, no es únicamente un escritor de éxito firme, cuyo nombre se ha universalizado rápidamente, sino también un agudo pensador en torno a los temas de su oficio. Ello queda suficientemente probado en el tomito "Problemas Teatrales" (Sur, 1961) que está ya en circulación.

Para Dürrenmatt el teatro no es, como para el público y la crítica, un objeto, sino parte de sí mismo, y por ende su concepto acerca de la escena se modifica periódicamente. La regla estética —obra de los científicos, no de los creadores— implica la obra de la que ha sido deducida. De tal modo, que por ejemplo, con respecto a las unidades aristotélicas —tiempo, lugar y acción—, que tantos quebraderos de cabeza siguen produciendo y que tanto papel han abrumado de tinta, conviene referirlas directamente a la tragedia griega. El espectador griego conocía los antecedentes de cada situación trágica (pues conocía el mito ampliamente) y, en consecuencia, se aplicaba a la contemplación y el juicio de los procedimientos. No ocurre así en el teatro moderno en el cual los antecedentes tienen que ser condensados previamente en la situación y donde el espectador, por desconocer el asunto, se aplica a él y descuida las formas en que es tratado.

Una obra teatral está sujeta a un mundo determinado, depende de él y es, en cierto modo, su expresión. Brecht, por ejemplo —y la referencia al genial autor alemán, cuya influencia en Dürrenmatt se ha señalado reiteradamente, es importante—, incluyó en sus dramas la concepción socialista del mundo, pero la relatividad que supone este compromiso conspira a veces contra la intencionalidad de su creación. Su éxito en el mundo capitalista —Nueva York, ¿no es acaso el mejor mercado del teatro brechtiano?— explica que Brecht escritor se escapa fácilmente a Brecht dramaturgo, y se impone por su calidad. "Una obra de teatro acontece", afirma acertadamente Dürrenmatt, y por eso la alusión al público es indispensable cuando se reflexiona sobre ella. Y es el público el que hace relativo el arte de la escena.

Más adelante, Dürrenmatt habla de la falta de un público definido, que fue característico de las edades del gran auge dramático. Los autores contemporáneos se enfrentan con sus obras a un auditorio heterogéneo e internacional, que prefiere —porque es lógico, no por morboso o lo que se llame— un drama de "víctimas", no de héroes. Nuestro mundo carece de héroes, entes ya formados (los héroes de los que tenemos memoria están definitivamente formados. Prometeo, César, Napoleón, y son objeto de la investigación histórica hasta sus últimas consecuencias), y se desenvuelve lejos de los poderosos: Creón tiene secretarios y son ellos los que despachan el caso de Antígona. De ahí que la comedia sea el género adecuado al siglo, porque ella "presupone un mundo informado, en ciernes, en estado de subversión, un mundo en trance de liar bártulos..." Dürrenmatt es un comediógrafo, no lo olvidemos. Extraordinario, sí, pero comediógrafo.

Imposible agotar las innumerables ideas que el autor de "La Visita de la Vieja Dama" y "El Matrimonio del Señor Mississippi" expone en el libro aludido y en el ensayo sobre Schiller que al final lo completa. Baste decir que su lucidez y su fresca ironía abonan sus varias tesis acerca del difícil arte que practica con tanto éxito. La lectura del tomito es necesaria para la gente de teatro de nuestro medio —lectura meditada, por cierto—, tanto como la puesta en escena de alguna de sus piezas, para que la cartelera de Lima salga de su rutina y se ponga al día, no con éxitos del bulevar chabacano sino con la muestra viva del teatro que interroga a la época y le responde en la medida que los autores inteligentes la conciben.